

España invertebrada, sesenta años después

Decía Ortega, en la cuarta edición de *La España Invertebrada*, que las ideas que más le interesaban eran las que seguían siendo anticipaciones, las que aún no se habían cumplido. Veamos, pues, cuando han pasado cuatro generaciones, es decir, sesenta años, según el lapso generacional del propio Ortega, cuáles se han cumplido y cuáles no se han cumplido y siguen siendo anticipaciones según el maestro.

El primer problema que a mí se me presentaría es el de saber cómo se clasifican las Ideas de la España Invertebrada, es decir, cuáles son las cumplidas —en otras palabras, las verificadas— y cuáles son las que todavía siguen siendo anticipaciones y, por ende, las que interesaban al autor. En realidad todas se han cumplido y todas siguen siendo anticipaciones, pues se seguirán cumpliendo.

La España Invertebrada es uno de los escritos fundamentales en la obra de Ortega. No es que su filosofía raciovitalista esté ya implícita; no es que el *yo soy yo y mi circunstancia*, base de la antropología orteguiana, se encuentre expresada, pero sí que muchas ideas básicas de su obra están no sólo apuntadas, sino desarrolladas. Desde luego, *La Rebelión de las Masas*, obra cumbre de Ortega y acaso la que más difusión universal ha tenido, está claramente expresada en este ensayo sobre España. De aquí, entre otras cosas, su imponderable importancia y el valor anticipatorio que ha tenido.

Sin duda, *La España Invertebrada* es el libro más importante de este siglo entre los que analizan la realidad histórica y social de España. Viene precedido por las amargas reflexiones de los regeneracionistas Costa, Ma-cías Picavea, Lucas Mallada, Damián Isern, Julio Senador, y por el *Idearium Español* de Ángel Ganivet, que intenta sistematizar una serie de ideas sobre la realidad histórica de España, sobre sus caracteres espirituales y raciales y sobre lo que él llama su espíritu territorial.

El libro de Ortega, con estos precedentes, es plena y totalmente original y uno de los libros más apasionados y directos, más valientes que se han escrito y que más detractores le han proporcionado a su autor. Ya dice el propio Ortega que no es un libro construido con mansedumbre y déte-

nimiento, sino algo que ha brotado de unas ideas que bullían en su interior, que saltaban en su cerebro sin poderse contener y que hubo de liberar por necesidad vital de su persona. No cabe duda que los libros, o bocetos de libros, o esquemas de libros, que, como éste, arrebatadamente nacen de un impulso vital incontenible, suelen ser como relámpagos en la noche, fulgurantes pero esclarecedores de las tinieblas más profundas.

El libro es muy simple y por eso muy contundente en todos sus planteamientos. Empieza por asignar a unos pueblos el poder creador de naciones, como un *quid divinum* que no a todos alcanza, y por destacar la energía que para ello tuvieron Roma y Castilla. Siguiendo a Mommsen, la historia de toda nación, y sobre todo de la nación latina, es un vasto sistema de incorporación. Extrapolando a Mommsen se llega a establecer que una nación asciende mientras este vasto sistema de incorporación no se detiene y una nación desciende en cuanto se detiene y más todavía cuando, realizando el camino inverso, se va produciendo la desintegración.

Si se piensa en ello resulta estremecedora la frase de Ortega: «La historia de la decadencia de una nación es la historia de una vasta desintegración.» No cabe duda que esto nos lleva a una visión dinámica de la historia como capacidad de expansión de unos pueblos sobre otros, período formativo y ascendente, y como decadencia o desintegración de estos mismos pueblos. Es una visión imperialista que sin duda ha tenido una confirmación histórica a través del auge y hegemonía de las potencias europeas y no menos de los imperios orientales y asiáticos.

En el caso de España, estas ideas, este dinamismo conducen, inexorablemente, a enfrentarse con el problema del separatismo. Como dice Ortega: «Desde estos pensamientos (ascendencia y descendencia), como desde un observatorio, miremos ahora desde la lejanía de una perspectiva casi astronómica el presente de España. Y desde ese observatorio recae/es decir, se da de bruces, con el separatismo.»

Pensando en esto nunca se nos ocultó, aunque las antenas y la información propias sean mucho más modestas, que la aparición de los separatismos tenía algo que ver con la liquidación del imperio colonial. «Uno de los fenómenos más característicos de la vida política española en los últimos veinte años ha sido la aparición de regionalismos, nacionalismos, separatismos; esto es, movimientos de secesión étnica y territorial.» Si esto se escribía en 1921, quiere decir que estos movimientos aparecen o cobran vida hacia 1900. Justo al día siguiente del desastre colonial. Luego, por lo menos, un enlace existe.

Cuando una nación desciende por la pendiente, no' cabe duda de que se aflojan muchos recursos humanos y se debilitan muchas energías en trágica coincidencia con el temple de dichas energías en otros pueblos ascendentes. El proceso es dúplice. La decadencia, desgaste y demolición de algo, sea una nación, una casta, una sociedad, un movimiento político o una empresa industrial, se produce por dos causas concomitantes, una interna y otra externa. Primero por una corrosión interna, producto de una com-

pleja serie de circunstancias, entre las que no faltan el propio desgaste del poder, la fatiga, la abulia o el hastío de las ventajas cuya conquista fuera un tiempo principal aliciente. Como quiera que sea, lo interno coincide con la agresión externa, que nace de la competitividad humana, y ambas fuerzas coadyuvan a la total demolición.

El caso de nuestro Imperio, Imperio complejo y de extraña estructura, si los hay, ha sufrido la misma suerte, con etapas en que la agresión externa era mayor que la corrosión interna, pero también con otras en que se invirtieron escandalosamente los términos.

Pero cae uno en la cuenta de que en el proceso histórico de España, la nación anexionante, mientras el ascenso se producía por *synoikismo*, mientras se daba el sistema de incorporación de que hablaba Mommsen, era a su vez una nación anexionada. Es decir, esa nación no era un *unicum*, no era esa masa homogénea de que habla Ortega, sin discontinuidades cualitativas, sin confines interiores de unas partes con otras. No era el queso bien cuajado que se corta con cuchillo tajando cuerpos distintos en lo que era un compacto volumen.

No era ese el caso de España, previamente consecuencia de un sistema de incorporación llevado a cabo por Castilla. «Más de una vez me he entretenido imaginando —dice Ortega— qué habría acontecido si, en lugar de hombres de Castilla, hubieren sido encargados, mil años hace, los 'unitarios' de ahora, catalanes y vascos, de forjar esta enorme cosa que llamamos España. Yo sospecho que aplicando sus métodos y dando con sus testas en el yunque, lejos de arribar a la España una, habrían dejado la Península convertida en una pululación de mil Cantones.»

Desde 1580 hasta nuestros días acontece la decadencia y desintegración. «El proceso incorporativo va en crecimiento hasta Felipe II. El año vigésimo de su reinado puede considerarse como la divisoria de los destinos peninsulares. Hasta su cima, la historia de España es ascendente y acumulativa; desde ella hacia nosotros, la historia de España es decadente y dispersiva. El proceso de desintegración avanza en riguroso orden de la periferia al centro. Primero se desprenden los Países Bajos y el Milanésado; luego, Ñapóles. A principios del siglo xix se separan las grandes provincias ultramarinas, y, a fines de él, las colonias menores de América y Extremo Oriente. En 1900, el cuerpo español ha vuelto a su nativa desnudez peninsular. ¿Termina con esto la desintegración? Será casualidad, pero el desprendimiento de las últimas posesiones ultramarinas parece ser la señal para el comienzo de la dispersión intrapeninsular. En 1900 se empieza a oír el rumor de regionalismos, nacionalismos, separatismos... Es el triste espectáculo de un larguísimo, multiseccular otoño, laborado periódicamente por ráfagas adversas que arrancan del inválido ramaje enjambres de hojas caducas.

El proceso incorporativo consistía en una faena de totalización: grupos sociales que eran todos aparte, quedaban integrados como partes de un todo. La desintegración es el suceso inverso: las partes del todo comienzan

a vivir como todos aparte. A este fenómeno de la vida histórica llamo particularismo, y si alguien me preguntase cuál es el carácter más profundo y más grave de la actualidad española, yo contestaría con esa palabra.»

Hemos visto, pues, que Ortega no deja de apuntar sin ambages que el desprendimiento de las últimas posesiones ultramarinas parece ser la señal para el comienzo de la dispersión intrapeninsular. No cabe duda que esto se presta a seguir en las consideraciones que este enlace promueve. Si España, unificada por Castilla, es la nación integradora de dos mundos, cuando esta nación ha destruido su propia obra ha llegado a su liquidación, *eo ipso* Castilla acaba perdiendo el prestigio que ganara entre los pueblos peninsulares. España, mientras tuvo un Imperio colonial fuerte, gozaba de un prestigio que por sí mismo invalidaba la revuelta de las antiguas comunidades peninsulares. Cuando cayó la estructura colonial sintieron aquellos otros pueblos de la península que la misión trascendental de Castilla había desaparecido y que su autoridad moral como nación integradora caía por su base y perdía sentido el pacto de fidelidad. Sería muy triste pensar que este hecho fuera irreversible y que con la pérdida de la empresa civilizadora de España llegara como segundo acto la dispersión de España. En ese caso, y bajo otra luz, tendría razón de ser el dicho de Ortega de que Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho.

Pero Castilla la ha deshecho porque no supo mantener su misión universalizadora, porque se empequeñeció, quedó canija y miserable, exhausta y agónica, corroída, como dice Ortega, por sus particularismos. Perdió, por tanto, imagen, como ahora se dice, ante las otras comunidades peninsulares, que le perdieron el respeto. La misión universalizadora puede recuperarse; no es necesaria una política de conquistas territoriales, existen otras conquistas. Como dice Ganivet, otro analista del caso español, «si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstruir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos, e infundir en ellos el culto de unos mismos ideales, cumpliríamos una gran misión histórica y daríamos vida a una creación grande, original, nueva en los fastos políticos, y al cumplir esta misión no trabajaríamos en beneficio de una idea generosa, pero sin utilidad práctica, sino que trabajaríamos por nuestros propios intereses, por intereses más trascendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorio. Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar de táctica y sacar a luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia, las cuales existen latentes en España y pueden, cuando se desarrollen, levantarnos a grandes creaciones que, satisfaciendo nuestras aspiraciones a la vida noble y gloriosa, nos sirvan como instrumento político, reclamado por la obra que hemos de analizar...».

Es evidente que la recuperación del prestigio nacional y de misiones como las que nos propone Ganivet y en las que coincidimos todos los españoles, servirán de fundente a la unidad peninsular agrietada desde la caída del sistema colonial, que por muy caduco que fuera representaba un poten-

cial de prestigio. Desgraciadamente Castilla ha perdido todo tipo de superioridad, material, moral, política y misional. Pero la puede ir recuperando. Tengamos en cuenta que el despego, o el despego —incluso afectivo— de las nacionalidades periféricas hacia el centro se basa en un complejo de superioridad. El catalán y el vasco, especialmente, se despegan porque se creen superiores en todo, en riqueza, en talento, en cultura y hasta en pres-tancia física. Con este complejo de superioridad, el verse atados a un pueblo pobre y raquíico, como la vieja Castilla en escombros de la que nos hablaba Julio Senador, lo consideran un desdoro, casi deprimente. Pero, claro está, todo esto puede cambiar, está cambiando, porque Castilla está despertando y Vasconia, por ejemplo, a fuerza de particularismos —palabra clave de la *España invertebrada*— se está hundiendo.

A un lejano pariente mío, vasquista acérrimo, le preguntaban hace muchos años que por qué los vascos del otro lado de los Pirineos no tenían veleidades separatistas. Contestaba sin vacilar: «Porque esos tienen mejor amo.» Esto pone a las claras ese complejo de superioridad que tenía este señor respecto a España y acaso de inferioridad respecto a Francia.

Pero como decimos, las cosas pueden cambiar y los índices comparativos entre Francia y España irse acercando. Yo me pregunto, por otra parte, si uno de los signos del despertar de Castilla no residirá en la nueva estructura del Estado de las Autonomías que ha establecido la Constitución de 1978. La Constitución, sin duda, es un tanto torpe y ambigua, y va a traer complicaciones sin cuento en la marcha y buen desarrollo del país; pero con sus muchos defectos —y conste que yo he sido y sigo siendo muy refractario a estas autonomías—, me pregunto si no es el último rasgo de genialidad de Castilla, que prueba que no ha perdido del todo el poder creador de naciones, ese *quid divinum* de que hablaba Ortega. Dando la vuelta al problema de las autonomías y, sobre todo, de las autonomías duras, se ha fundado una estructura autonómica general que a la larga puede ser un estupendo entramado unificador, lo que probaría el instinto castellano para crear naciones y para apuntalar aquellas que parecen desmoronarse.

Nos gustaría mucho conocer el parecer de Ortega sobre esto que decimos y si estaría conforme en pensar que esto puede ser un rasgo de genialidad hacia adelante, capaz de frenar la descomposición final.

Ortega, en su *España invertebrada*, pone en el primer plano de sus reflexiones el problema de la desintegración de España y de los separatismos. Esto, en realidad, es un análisis nuevo con relación a lo que eran las inquietudes de todos los escritores que han sentido la preocupación de España, como puede verse en el bien conocido y bien ponderado libro de Dolores Franco *España como preocupación*.

Ortega comprende que el separatismo es la consecuencia cruel de la decadencia española. Ortega, a lo largo de toda su vida, intenta hacer un análisis profundo y a la vez delicado de este tema tan doloroso para España. ¿Son los movimientos regionalistas comprendidos por los españoles?

¿Son muchos los españoles que hayan llegado a hacerse cargo de cuál es la verdadera realidad histórica de tales movimientos? Me temo que no, nos dice.

«La 'España una' nace así en la mente de Castilla, no como una intuición de algo real —España no era, en realidad, una—, sino como un ideal esquema de algo *realizable*, un proyecto incitador de voluntades, un mañana imaginario capaz de disciplinar el hoy y de orientarlo, a la manera que el blanco atrae la flecha y tiende el arco.» Y, más adelante, sigue: «La unión se hace para lanzar la energía española a los cuatro vientos, para inundar el planeta, para crear un Imperio aún más amplio. La unidad de España se hace para esto y por esto. La vaga imagen de tales empresas es una palpitación de horizontes que atrae, sugestiona e incita a la unión, que funde los temperamentos antagónicos en un bloque compacto. Para quien tiene buen oído histórico, no es dudoso que la unidad española fue, ante todo y sobre todo, la unificación de las dos grandes políticas internacionales que a la sazón había en la península: la de Castilla, hacia África y el centro de Europa; la de Aragón, hacia el Mediterráneo. El resultado fue que, por vez primera en la Historia, se idea una *Weltpolitik*: la unidad española fue hecha para intentarla.

En el capítulo anterior he sostenido que la incorporación nacional, la convivencia de pueblos y grupos sociales, exige alguna alta empresa de colaboración y un proyecto sugestivo de vida en común. La historia de España confirma esta opinión, que habíamos formado contemplando la historia de Roma. Los españoles nos juntamos hace cinco siglos para emprender una *Weltpolitik* y para ensayar otras muchas faenas de gran velamen.»

No cabe duda entonces, volvemos a insistir, que, arruinada la razón, el anhelo que hizo posible dicha unidad, ésta quiebra y se agrieta como algo falto de sentido.

Pero ¿por qué se quebró esta unidad, por qué España dejó de ser un poderoso motor capaz de promover incentivos impulsos de vida en común? ¿Por qué dejó de ser un cuerpo sólido aglutinado en tareas de alto bordo para convertirse en un ente falto de esqueleto y músculo, en algo que, como dice el título del ensayo, resulta invertebrado? La *España invertebrada*, escrita hace más de sesenta años, es de suma actualidad, y casi todo lo que en ella se dice resulta asombrosamente válido hoy. En primer lugar, al poner el dedo en la llaga del separatismo, pone el dedo en una llaga abierta, acaso hoy más abierta que cuando Ortega escribía en 1921, pero también quién sabe si más próxima a su curación por haber ahondado profundamente en ella y por haber cambiado de 1921 a hoy la estructura vital de España, porque el centro de España ha dejado de ser lo que era en 1921. Por de pronto, en el centro de España han surgido tres metrópolis importantes con una dimensión que antes no tenían: por este orden, Valladolid, Zaragoza y Madrid. Ciertamente que no son ciudades que con el cambio han ganado en nobleza, serenidad y distinción; cierto que son bastante aborrecibles para una vida deleitosa y que ahora conviene mejorarlas,

pero éstas, y otras ciudades en grado menor, pueden romper el grave desequilibrio entre centro y periferia del que se resentía España y que podía ser una de las causas del despego por complejo de superioridad del que hablábamos antes.

Es cierto, también, que frente a ciudades pujantes o relativamente pujantes quedan los campos tristes y sumidos en la miseria, los

Pobres campos solitarios sin
campos ni posadas, ¡oh pobres
campos malditos, pobres campos
de mi patria!

de Antonio Machado.

Pero hoy estamos en una civilización de ciudades, y el hombre que hoy rige los destinos nacionales es el que vive en la urbe, el urbanita. Pero si Ortega ve en la disgregación, en la desintegración y separatismo el mal que acecha a una España invertebrada, no se queda en ello y ahonda en las causas de esa desintegración, que son para él, resueltamente, el particularismo, que conduce a una vida estancada —en compartimientos—, lo que impide que la convivencia nacional sea una realidad activa y dinámica, para convertirla en una coexistencia pasiva y estática, «como el montón de piedras al borde del camino». Esto le lleva a decir: «*Hoy es España, mas bien que una nación, una serie de compartimientos estancos.*» «Se dice que los políticos no se preocupan del resto del país. Esto, que es verdad, es, sin embargo, injusto, porque parece atribuir exclusivamente a los políticos pareja despreocupación. La verdad es que si para los políticos no existe el resto del país, para el resto del país existen mucho menos los políticos. ¿Y qué acontece dentro de ese resto no político de la nación? ¿Es que el militar se preocupa del industrial, del intelectual, del agricultor, del obrero? Y lo mismo debe decirse del aristócrata, del industrial o del obrero respecto a las demás clases sociales. Vive cada gremio herméticamente cerrado dentro de sí mismo. No siente la menor curiosidad por lo que acaece en el recinto de los demás. Ruedan los unos sobre los otros como orbes estelares que se ignoran mutuamente. Polarizado cada cual en sus tópicos gremiales, no tiene ni noticia de los que rigen el alma del grupo vecino. Ideas, emociones, valores creados dentro de un núcleo profesional o de una clase no trascienden lo más mínimo a las restantes. El esfuerzo titánico que se ejerce en un punto del volumen social no es transmitido, no obtiene repercusión unos metros más allá, y muere donde nace. Difícil será imaginar una sociedad menos elástica que la nuestra; es decir, difícil será imaginar un conglomerado humano que sea menos una sociedad. Podemos decir de toda España lo que Calderón decía de Madrid en una de sus comedias:

Está una pared aquí de la otra
más distante que Valladolid de
Gante.»

En este caso el diagnóstico orteguiano sigue siendo válido y para nuestra desgracia todavía gozamos de compartimientos estancos. Es muy justo y muy de aplicación lo que dice Ortega, por ejemplo, de los políticos: «Los políticos actuales son fiel reflejo de los vicios étnicos de España, y aun —a juicio de las personas más reflexivas y clarividentes que conozco— son un punto menos malos que el resto de nuestra sociedad. No niego que existan otras muy justificadas, pero la causa decisiva de la repugnancia que las demás clases sienten hacia el gremio político me parece ser que éste simboliza la necesidad en que está toda clase de contar con las demás. Por esto se odia al político más que como gobernante como parlamentario. El Parlamento es el órgano de la convivencia nacional, demostrativo de trato y acuerdo entre iguales. Ahora bien: esto es lo que en el secreto de las conciencias gremiales y de clase produce hoy irritación y frenesí: tener que contar con los demás, a quienes en el fondo se desprecia o se odia. La única forma de actividad pública que el presente, por debajo de palabras convencionales, satisface a cada clase, es la imposición inmediata de su señera voluntad; en suma, la acción directa.»

Entre estas clases desvinculadas sigue siendo verdad lo que se refiere al grupo militar, y hasta lo que creíamos pasado, el «pronunciamiento», lo hemos visto, parece increíble, resucitado el 23 de febrero de 1981. Sin embargo, el «pronunciamiento», aunque repetido, ya hemos visto que por sí solo ha perdido toda su eficacia. No ha bastado el «grito» y la «proclamación» para que las esferas tiemblen.

No toca el filósofo una clase o grupo del que hubiera podido decir cosas muy perspicaces: el estamento eclesiástico. No cabe duda que su situación es muy distinta de la del año 1921. Entonces el clero español tenía un monolitismo que hoy no tiene. En ese aspecto podría decirse que el clero estaba más «estancado» que hoy. Pero tampoco me atrevería a decir que hoy nuestro clero esté más integrado en la sociedad española. El clero ha sido sacudido por una múltiple embestida; tanto por los cambios del panorama político nacional como por la gran reforma de la Iglesia, consecuencia del Concilio Vaticano II. Cuando, como en una vasija, un líquido se agita y los posos se depositan en los dos extremos produciéndose una bipolaridad, así se han extremado las conductas del clero español, que no ha sabido mantenerse en su equilibrio razonable. Por un lado, se han exacerbado las tendencias conservadoras y, por otro, se han exagerado las piruetas del salto a la izquierda. En suma, falta de equilibrio y templanza. Fruto de estos tiempos confusos es la cantidad de seminaristas o religiosos que han colgado los hábitos y se han lanzado a la palestra política casi siempre para adoptar posturas de extremo radicalismo. Todo ello no ha ayudado a la deseada vertebración.

La clase obrera tiene también mucho que cambiar. Tiene que dejar de sentirse insolidaria como si fuera algo único y superior a todo. Le han regalado mucho los oídos a partir de la revolución marxista, dándole a entender que sólo el proletariado era el grupo dirigente capaz de llevar a cabo

la revolución igualitaria redentora de la humanidad. Como dice Ortega, los obreros «insolidarios de la sociedad actual, consideran que las demás clases sociales no tienen derecho a existir, por ser parasitarias, esto es, antisociales. Ellos, los obreros, son, no una parte de la sociedad, sino el verdadero todo social, el único que tiene derecho a una legítima existencia política. Dueños de la realidad pública, nadie puede impedirles que se apoderen directamente de lo que es suyo. La acción indirecta o parlamentarismo equivale a pactar con los usurpadores, es decir, con quienes no tienen legítima existencia social».

En ese clima todavía nos movemos, pero es de esperar que el desarrollo económico, las exigencias de la producción, la elevación del nivel de vida, con especial incidencia en las clases proletarias, irán limando las aristas un tanto crudas del obrero clásico intransigente y dogmático.

Pero en esa introspección a que se entrega Ortega, y que va del análisis ascendente, incorporación, al declinante de la historia, disgregación, y de aquí a entender como causa de esa disgregación la previa ruptura de la sociedad en compartimientos estancos, falta un tercer escalón, que es el que corona su libro: los compartimientos se hacen estancos porque se ha perdido la relación biunívoca entre minoría y masa. El enunciado de esta tesis se expone en el siguiente párrafo: «Una nación es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos. Cualquiera que sea nuestro credo político, nos es forzoso reconocer esta verdad, que se refiere a un estrato de la realidad histórica mucho más profundo que aquel donde se agitan los problemas políticos. La forma jurídica que adopte una sociedad nacional podrá ser todo lo democrática y aun comunista que quepa imaginar; no obstante, su constitución viva, transjurídica, consistirá siempre en la acción dinámica de una minoría sobre una masa. Se trata de una ineludible ley natural que representa en la biología de las sociedades un papel semejante al de la ley de las densidades en física. Cuando en un líquido se arrojan cuerpos sólidos de diferente densidad, acaban éstos siempre por quedar situados a la altura que a su densidad corresponde. Del mismo modo, en toda agrupación humana se produce espontáneamente una articulación de sus miembros según la diferente densidad vital que poseen. Esto se advierte ya en la forma más simple de sociedad, en la conversación. Cuando seis hombres se reúnen para conversar, la masa indiferenciada de interlocutores que al principio son, queda, poco después, articulada en dos partes, una de las cuales dirige en la conversación a la otra, influye en ella, regala más que recibe. Cuando esto no acontece, es que la parte inferior del grupo se resiste anómalamente a ser dirigida, influida por la porción superior, y entonces la conversación se hace imposible. Así, cuando en una nación la masa se niega a ser masa —esto es, a seguir a la minoría directora—, la nación se deshace, la sociedad se desmembra, y sobreviene el caos social, la invertibración histórica».

Es necesario reconocer el valor de estas afirmaciones y más si las consideramos a tenor de las ideas que hoy imperan en nuestro país. Decir

que una nación es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de *individuos selectos* es algo que irrita profundamente a las mentes igualitarias de hoy. Solamente el decir que pueden existir individuos selectos, ofende y, por ende, si existen, hay que negarlos, desconocerlos, combatirlos, destruirlos. Pero con esta mentalidad no se puede avanzar, porque existir, existen, y negar la realidad conduce a esa enfermedad social de que nos habla Ortega. «Peor que tener una enfermedad es ser una enfermedad. Que una sociedad sea inmoral, tenga o contenga inmoralidad, es grave; pero que una sociedad no sea una sociedad, es mucho más grave. Pues bien: éste es nuestro caso. La sociedad española se está disociando desde hace largo tiempo porque tiene infeccionada la raíz misma de la actividad socializadora.

El hecho primario social no es la mera reunión de unos cuantos hombres, sino la articulación que en ese ayuntamiento se produce inmediatamente. El hecho primario social es la organización en dirigidos y directores de un montón humano. Esto supone en unos cierta capacidad para dirigir; en otros, cierta facilidad íntima para dejarse dirigir. En suma: donde no hay una minoría que actúa sobre una masa colectiva, y una masa que sabe aceptar el influjo de una minoría, no hay sociedad, o se está muy cerca de que no la haya.

Pues bien: en España vivimos hoy entregados al imperio de las masas. Los miopes no lo creen así porque, en efecto, no ven motines en las calles ni asaltos a los bancos y ministerios. Pero esa revolución callejera significaría sólo el aspecto político que toma, a veces, el imperio de una masa social determinada: la proletaria.

Yo me refiero a una forma de dominio mucho más radical que la algarada en la plazuela, más profunda, difusa, omnipresente, y no de una sola masa social, sino de todas, y en especie de las masas con mayor poderío: las de la clase media y superior.

En el capítulo anterior he aludido al extraño fenómeno de que, aun en los partidos políticos de la extrema derecha, no son los jefes quienes dirigen a sus masas, sino éstas quienes empujan violentamente a sus jefes para que adopten tal o cual actitud. Así hemos visto que los jóvenes 'mauris-tas' no han aceptado la política internacional que durante la guerra Maura proponía, sino, al revés, han pretendido imponer a su jefe la política internacional que en sus cabezas livianas y atropelladas •—cabezas de 'masa'— se había instalado. Lo propio aconteció con los carlistas, que han coceado en masa a su conductor, obligándole a una retirada».

En este aspecto final del análisis orteguiano me temo que no hemos avanzado nada. Hoy más que nunca se clama contra las «élites». Esta palabra es insultante y el hombre que cree en las «élites» es casi un malvado. Creer en un arte, en una literatura, en una conducta de élite es algo que merece la lapidación, y, sin embargo, en algún aspecto nunca se ha hecho más cultura de élite, hasta rayar en lo esotérico. Pura contradicción. Pero ¡ay de quien se atreva a proponer el desarrollo de una cultura elitista,

cuando no se puede pensar en una cultura que no esté empujada por unas minorías excepcionalmente formadas en el cultivo del espíritu! Más hoy todavía, en que el arte popular ha desaparecido y es el pueblo el que destruye su propia herencia cultural. Pero, en fin, esto de las minorías selectas es tema tabú y más si lo extendemos al binomio ejemplaridad-docilidad que rige toda sociedad y es agente de su evolución tanto hacia el bien como hacia el mal.

«Este mecanismo de ejemplaridad-docilidad, tomado como principio de la coexistencia social, tiene la ventaja no sólo de sugerir cuál es la fuerza espiritual que crea y mantiene las sociedades, sino que, a la vez, aclara el fenómeno de las decadencias e ilustra la patología de las naciones. Cuando un pueblo se arrastra por los siglos gravemente valetudinario es, siempre, porque faltan en él hombres ejemplares, o porque las masas son indóciles. La coyuntura extrema consistirá en que ocurran ambas cosas.

Véase hasta qué punto la cuestión de las relaciones entre aristocracia y masa es previa a todos los formalismos éticos y jurídicos, puesto que nos aparece como la raíz misma del hecho social.

Si ahora tornamos los ojos a la realidad española, fácilmente descubriremos en ella un atroz paisaje saturado de indocilidad y sobremanera exento de ejemplaridad. Por una extraña y trágica perversión del instinto encargado de las valoraciones, el pueblo español, desde hace siglos, detesta todo hombre ejemplar, o, cuando menos, está ciego para sus cualidades excelentes. Cuando se deja conmover por alguien, se trata, casi invariablemente, de algún personaje ruin e inferior que se pone al servicio de los instintos multitudinarios.

El dato que mejor define la peculiaridad de una raza es el perfil de los modelos que elige, como nada revela mejor la radical condición de un hombre que los tipos femeninos de que es capaz de enamorarse. En la elección de amada, hacemos, sin saberlo, nuestra más verídica confesión».

Esto que nos lleva a la ausencia de los mejores en la vida nacional es algo en lo que, a mi parecer, no hemos avanzado nada, y lo más triste es que esto nos hace pensar si no es algo que está inscrito en nuestro plasma sanguíneo como raza o como pueblo.

Muchas observaciones de Ángel Ganivet nos hacen recaer en esto. El ideal jurídico de todos los españoles sería tener una carta foral con un solo artículo: «Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana» (*Idearium*, en *Obras completas*, tomo I, pág. 63). ¡Cómo un español con esta carta foral va a depender de nadie ni va a inscribirse en una articulación ejemplaridad-docilidad! El español no admite la ejemplaridad porque representa una jerarquía superior; en cambio admite la piedad para el caído. Esto en principio parece muy noble y lo es, muy humano, pero igualmente destructivo para el concierto social. Como dice también Ganivet, el español pone una piedad excesiva en salvar al caído, tanta como el empeño que puso en derribarlo. Así llegamos a la imposibilidad de una acción regene-

radora, pues nos pondremos siempre a favor del torpe contra el inteligente y a favor del inmoral frente al virtuoso. Difícil lo ponemos.

En este punto es donde vemos más problemático que hayamos avanzado algo respecto al diagnóstico de Ortega. Aquello que él vio en 1921 sigue por desgracia existiendo: particularismo, imperio de las masas, ausencia de los mejores, falta de selección, etc. Precisamente en la *España invertebrada* está, *in nuce*, otro de sus grandes libros, *La rebelión de las masas*, que tanto afecta al mundo moderno, y muy especialmente a los españoles. La rebelión de las masas es un fenómeno general de nuestro tiempo, pero es un fenómeno que se recrudece cuando se producen cambios o convulsiones. Quién sabe si tiene sus ciclos, como la sequía, y nos azota especialmente en algunas ocasiones. Yo creo que España sufre espasmódica-mente rebeliones de las masas. Entonces el mal se agrava, el síndrome rebelión-de-las-masas aparece con sus tintes más desagradables, y hace falta que la sociedad se serene y en medio del mal podamos experimentar cierto alivio.

Hemos llegado al final de este artículo, acaso un poco largo y reiterativo; pero volviendo al principio, a la consideración sobre la decadencia de las naciones, no cabe duda de que ésta proviene por agentes externos e internos. Los primeros son más fáciles de detectar. Otros pueblos, otras naciones más vigorosas, más enérgicas e inteligentes, tratan de demoler al un tiempo hegemónico contrincante. Pero ninguna construcción social o política muere sólo al embate de los agentes externos. El mal que la llevará a la decadencia reside en ella, en su interior. Es verdad que España tuvo muchos enemigos, pero tuvo uno más poderoso que todos ellos: el carácter español. Conste que quisiera equivocarme.

F. CH. G."

* 1911. Arquitecto. De las Reales Academias de Bellas Artes y de la Historia.